

LUIS ALBERTO RUIZ

## **HISTORIA DE LA LITERATURA ENTRERRIANA**

CANCEL

*LUIS ALBERTO RUIZ falleció el 23 de Julio de 1987. Fuimos amigos desde muy jóvenes. Una amistad brillante y alegre. Él era un poeta convicto. Para él la poesía era sagrada. Usaba las palabras poeta y poesía como esencias lustrales. A mí esas palabras llegaron a revolverme el estómago. Él murió adorándolas. Esto nos divirtió desde el principio pues le costó conseguir que yo me dejara tratar como poeta y me relacionara con los que escribían. Además: yo no tenía intenciones de compilador; él sí, alcanzó la categoría de diccionarista (ver currículum). Desde chico juntó papeles y libros sobre literatura mundial y entrerriana. Fue el único entrerriano que dedicó -que yo sepa- exclusivamente todas sus horas a la literatura, así pasara hambres en plural, en las tres primeras acepciones. Fue -según lo que sé- el escritor entrerriano que más obra escrita dejó, mucha con pseudónimos. Es autor de un Diccionario de la Literatura Universal en tres tomos grandes y dejó en trámite de edición un Diccionario de la literatura occidental en cinco tomos. Publicó en 1955 (Ed Zamora) la primera Antología Iconográfica de Poetas Entrerrianos, "Entre Ríos Cantada". Treinta años después, en 1985, tenía terminada la segunda edición actualizada (también en mi poder) y esta "Historia de la Literatura Entrerriana" que permanecía sin conseguir edición al momento de su muerte. Imperdonable falla oficial entrerriana. Así fue*

*que me decidí por no hacerles perder más tiempo a los que necesitan estas obras, ni a la evolución de nuestra cultura regional auténtica -no a la aparente- que es con la que se constituye la calificada y deformada universal de una época. Ruiz, escritor de obras con temas universales, cumplió con nosotros: nos regaló esta historia regional; nosotros, como Estado, no cumplimos nuestra parte con él ni con ella, no se la editamos. Entonces -digo- decidí facilitar estos originales para quien quiera fotocopiarlos, tales como los dejó el autor. Algún demente que los tuvo desgraciadamente a mano trazó unas rayas sobre el nombre de Adolfo Argentino Golz y arrancó las dos hojas, 222 y 223, del texto de Ruiz sobre él, las que he reemplazado por una información simple completa. Si tal psicópata quiso borrar ese nombre, no hizo menos que lo contrario, pues acá se ve cómo lo destacó entre todos, mientras el suyo propio no brilla ni como verdugo frustrado (anónima solapa entrerriana). La literatura entrerriana tuvo una suerte verdaderamente única con que le saliera, a esta altura de su historia, un ensayista de escritorio y la erudición de Luis Alberto Ruiz; un tratadista de primera categoría en cual cualquier lugar del mundo. La ilustración de este escritor que dedicó toda su vida al estudio, se extendió por muy importantes materias, hasta el mito y la gnóstica, incluidas las religiones antiguas y las metapsíquicas, lo que lo permitió asistir con profunda información la crítica ubicativa respecto de los elementos estructurales de la historia literaria de su provincia. A pesar del tiempo que consumió en el tratamiento de temas universales que le producían dinero, dedicó interminables horas impagas a la micrográfica temática regional, biografías y bibliografías, tan menuda en sus detalles y personajes si se la compara con los temas de los tiempos del mundo. Para la difusión de esta obra cuento con la autorización epistolar de Ruiz y la de su familia. Creo que con la suma de estas obras la literatura entrerriana ya está bibliográficamente en condiciones para organizarse en materia lectiva.*

---

LUIS SADÍ GROSSO, Paraná Julio 1990

---

PS: CARTA de LUIS ALBERTO RUIZ a LUIS SADÍ GROSSO. Bs As, Oct 82: "No he trabajado en esa obra con una perspectiva puramente provincial, mi aspiración es darlo a la Historia una

---

estatura que la proyecte a una consideración literaria nacional”.

## INDICE

- \* Palabras preliminares
- \* Consideraciones sobre la literatura provincial

### *Primera Parte: EL SIGLO XIX*

1. Alejo Peyret
2. Evaristo Carriego (el Viejo)
3. Martín Ruiz Moreno
4. Onésimo Leguizamón
5. Olegario Víctor Andrade
6. Gervasio Méndez
7. Francisco Felipe Fernández
8. Agustina Andrade
9. Benigno T. Martínez
10. Luis N. Palma

### II. OTROS AUTORES DEL SIGLO XIX

- Vicente G. Quesada
- Clodomiro Cordero
- Juan Antonio Mantero
- Floriano Zapata
- Victoriano E. Montes
- Julián Monzón
- Máximo Alvarez

- Emilio Onrubia
- José Benjamín Zubiaur
  - Osvaldo Magnasco
  - Juan Coronado

Segunda Parte: EL DESLINDE

*\* El Deslinde*

12. José S. Alvarez
13. Ramón Romero
14. Francisco A. Barroetaveña
15. Juan Bautista Ambrosetti
16. Martiniano Leguizamón

Tercera Parte: EL SIGLO XX

I. LA POESÍA

17. Damián P. Garat
18. Diego Fernández Espiro
19. Eugenio Díaz Romero
20. Emilio Berisso
21. Evaristo Carriego
22. Daniel Elías
23. Delio Panizza
24. Guillermo Saraví
25. Luis María Grané
26. Eugenio Rebaque Thuillier

27. Manuel Portela
28. Gaspar L. Benavento
29. Galo Zaragoza

\* *La primera vanguardia*

30. Andrés Chabrilón
31. Juan L. Ortiz
32. Carlos Mastronardi
33. Mateo Dumón Quesada
34. P. Jacinto Zaragoza

\* *La generación de Paraná*

35. Marcelino M. Román
36. César Eduardo Medus Pérez Colman
37. Reynaldo Ros
38. Alfredo Martínez Howard
39. José Eduardo Seri
40. Agustín Rolando Barbagelata
41. José María Fernández Unsain
42. Carlos Alberto Álvarez
43. Alfonso Sola González
44. Lisandro Gayoso

\* *La nueva Poesía*

45. Ana Teresa Fabani
46. Luis Sadí Grosso

47. Emma de Cartosio
48. Jorge Enrique Martí
49. Rosa María Sobrón de Trucco
50. Sofía Acosta
51. Orlando Florencio Calgaro
52. Marta Zamarripa
53. Miguel Angel Federik
54. Juan Manuel Alfaro

#### 55. OTROS POETAS ENTRERRIANOS

Carlos María Onetti  
Juan Pablo Manfredi  
María del Carmen Murature de Badaracco  
Delfina López Etchevehere  
Vicente Julio Federik  
Emma Barrandeguy  
Antonio R. Gamboa Igarzábal  
Susy Quinteros  
Regina Suárez de Vanzini  
Rosa Isabel Lucero  
Angel Vicente Araoz  
Arnoldo Liberman  
Guillermo B. Harispe  
Luis Gonzaga Cerrudo  
Poldy de Bird  
Gloria Montoya de Daneri

Carlos Alberto Colotta  
Carlos Suárez  
Clara Luz Zaragoza  
Walter Heinze  
Lidia Triano  
Amalia Aguilar Vidart

## II. LA NARRATIVA

56. Manuel Gálvez
57. Alberto Gerchunoff
58. Eduardo J. Villagra
59. Mario César Gras
60. Juan P. Cartosio
61. Luis Gudiño Krámer
62. Víctor Juan Guillot
63. Manrique Balboa Santamaría
64. Ernesto Bourband
65. Martín Luis Spiazzi
66. José María Díaz
67. Juan José Manauta
68. Eduardo Brizuela Aybar
69. Juan Carlos Ghiano
70. Miguel Silvestrini
71. María Esther de Miguel
72. Adolfo Argentino Golz



73. Isidoro Blastein

74. OTROS AUTORES DE FICCION

Ramón Luis Torres

Clara Isabel Marsilli

Gloria Iris Morda de Maffei

Guillermo Horacio Gruben

Celia de Schwartzman

Aníbal Romeo Cúneo

Roberto Beracochea

Omar Scolamieri Berthet

Arnaldo H. Cruz

María del Pilar Bescós de Siboni

Carlos Dubner

Diego Angelino

III. EL ENSAYO Y LA CRÍTICA

75. Eleuterio F. Tiscornia

76. Félix E. Etchegoyen

77. Justo Germán Medina

78. Ana Etchegoyen

79. Amaro Villanueva

80. Susana Giqueaux

81. José Belbey

82. Roberto Angel Parodi

83. Genaro Carrió

84. Carlos Sforza

85. Eduardo Julio Giqueaux

86. OTROS ENSAYISTAS

Antonio Colón

Juan Carlos Federico Wirth

Miguel Angel Andreetto

Ernesto Andrés Zapata Icart

Roque M. Galotto

Mario A. Presas

Jorge Díaz Vélez

María Luisa Crosta de Leguizamón

Domitila Rodríguez de Papetti

Elsa Elida Fehlesein de Ibáñez

\* *CAPÍTULOS COMPLEMENTARIOS*

I. La poesía épica entrerriana

II. La poesía popular

III. La poesía política

IV. El teatro

Francisco Felipe Fernández

Benigno T. Martínez

Emilio Onrubia

Manuel F. Fernández

Martiniano Leguizamón  
Emilio Berisso  
César Iglesias Paz  
Mariano Sozio  
Manuel Gálvez  
Gustavo Caraballo  
Pedro B. Aquino  
Juan Bautista Abad Reyes  
Francisco Defilipis Novoa  
Nicolás Coronado  
Samuel Eichelbaum  
Pablo Palant  
Juan José Beoletto  
Juan Carlos Ghiano  
    Juan José Manauta  
    Oswaldo Dragún

V. La historia

Juan Francisco Seguí  
Juan Angel Martínez  
Wenceslao S. Gadea  
Luis B. Calderón  
César Blas Pérez Colman  
Juan Alvarez  
Antonio Sargarna  
Santiago Moritán Colman

Dardo Corvalán Mendilaharsu  
Aníbal S. Vásquez  
Julio Irazusta  
Antonio P. Castro  
Beatriz Bosch  
Leandro e Isidoro Ruiz Moreno  
Facundo A. Arce  
María del Carmen Murature de Badaracco  
Leoncio Gianello  
Bernabe Melquíades Marizza  
Manuel Eugenco Macchi  
Fermín Chávez  
Clara Luz Zaragoza  
Pablo Schwartzman  
Albino Romanzo  
Mariano G. Calvento  
Oscar F. Urquiza Almandós  
Filiberto Reula  
Delio Panizza  
Guillermo Saraví  
Silvano Santander  
Segundo Luis Gianello  
Luis R. Boschetti  
Juan Antonio González Calderón  
Ernesto Bourband  
Juan B. Ghiano

Juan José Nágera  
Manuel Portela  
Amaro Villanueva  
José Augusto Nadal Sagastume  
Juan José Antonio Segura

\* Cronistas y memorialistas

*VI. La literatura polémica*

Alejo Peyret  
Evaristo Carriego el Viejo  
Francisco Felipe Fernández  
Clodomiro Cordero  
Olegario V. Andrade  
Maximio S. Victoria

*VII. La lexicografía*

Margarita Grimaux de Gil  
Francisco Maximiliano Ibáñez  
Antonio Rubén Turi  
León R. Naboulet  
Amaro Villanueva

VIII. El folklore literario

Marcelino M. Román  
Eufemio F. Muñoz

Humberto Alfredo Seri  
Manrique Balboa Santamaría  
Martiniano Leguizamón  
Eduardo J. Villagra  
Juan P. Cartosio  
Carlos Echazarreta  
Enrique V. González  
Alberto Gerchunoff  
Juan Carlos Ghiano  
Miguel Silvestrini  
José Hernán Pirro  
José María Díaz  
Ernesto Bourband  
Eduardo Brizuela Aybar  
T. A. Vergara Osuna  
Juan José Manauta  
Fray Mocho  
Martín del Pospós (Martín Luis Spiazzi)  
María Esther de Miguel  
P. Jacinto Zaragoza

Guillermo Saraví  
Juan B. Ambrosetti  
Juana Aladio Varela  
Juan Luis Cabral  
Manuel Linares Cardozo  
Amalio Baltasar García

Pedro Enrique Alzogaray

*IX. La literatura infantil*

Ana Etchegoyen

Reynaldo Ros

P. Jacinto Zaragoza

Manuel Portela

René Mildred Oppon

Hortensia Margarita Raffo

Miguel Silvestrini

Emma de Cartosio

Carlos Sforza

Rosa María Sobrón de Trucco

María Luisa Cresta de Leguizamón

Celia de Schwartzman

María Ruth Fischer

Aníbal Romeo Cúneo

*X. Vida literaria provincial*

Índice de autores

Índice de fotografías y dibujos

## PALABRAS PRELIMINARES

TODO compendio arrostra, de modo irreversible, impiadosas omisiones, involuntarios cercenamientos, aparentes olvidos, y esta obra no ha de constituir una excepción a la regla. Una visión panorámica suele diluir los detalles, las minucias. Lima los sensibles desniveles, generaliza lo particular. Queremos permitirnos algunos ejemplos exculpatorios: una antología poética requeriría un área útil de cuatrocientas cincuenta páginas. La misma historia total de Entre Ríos no abarcaría menos de seis volúmenes, excluyendo buena masa de aparato documental y gráfico. Estos simples ejemplos hacen perdonable cualquier sacrificio de nombres, de bibliografía o de hechos personales o culturales. Cuando revisamos la mera nomenclatura de nuestros autores de todo género, comprobamos que el total del libro tendría que soportar estoicamente los riesgos de la amputación y la simplificación. Más de ochocientos nombres significaban casi dos mil páginas, demasiadas para nuestra capacidad y hasta para una viabilidad editorial. Aceptar, no obstante, el desafío de los límites, conlleva el compromiso de observar las leyes del juego: los **nombres representativos** debían absorber naturalmente un espacio mayor; y los nombres que están haciendo su obra en estos momentos son más de la esfera de la posteridad que del falible arbitrio del cronista, del antólogo, del crítico o del historiador. Con todo, a alguno de ellos nos decidimos a pronosticarles un venturoso, positivo tránsito y permanencia en las letras argentinas.

No aventuramos la afirmación de que la literatura de Entre Ríos esté entera y fielmente reflejada en estos apuntes. Esperamos que, en líneas generales, sea así, porque de otra manera la provincia nos lo demandará, tarde o demasiado pronto.

Por la feliz o desdichada circunstancia de ser la primera, esta Historia no pudo obviar muchas trivialidades o detalles accesorios a la elaboración literaria pura: rasgos biográficos no incidentes al



fondo de cada obra; premios, viajes, medallas —es decir, meras contingencias o azares— y otras superficialidades. La alternativa era de hierro: o se hacía una historia puramente crítica, o se le adicionaba todo el aparato documental, personal y bibliográfico, sin el cual cada autor tratado quedaba literalmente suspendido en el aire, sin apoyo existencial y profesional concreto. Toda historia de una literatura de cualquier lugar del mundo debe y suelo ser un extracto, una selección, una extirpación de valores de pequeño y mediano espectro. Una literatura provincial no puede darse ese lujo, a menos que se busque una extrema delgadez. Menos todavía, una literatura provincial de corta existencia. La presente, pues, es más un relevamiento tentativo que una Historia propiamente dicha; *le concedemos únicamente ese carácter y así debe tomársela, sin exigir lo que ha estado fuera de nuestras intenciones.*

\* \* \*

La literatura de un país en formación es casual. La de una provincia no. El lenguaje del cosmopolita, del hombre de una metrópolis, o de una nación, es un lenguaje literario, internacional, casi diríamos 'profesional'. El de un provinciano es un *lenguaje natal*. Está más cerca de la 'madre' que de la comunidad (\*). Objetivar en un libro esta paradoja aparente nos conduciría a la encrucijada de las contradicciones: un gran provinciano (Sarmiento, Atahualpa Yupanqui, Mastronardi) se hace nacional por exceso de provincianismo. La comarca nativa se hace más grande que la patria total. La provincia suele estar más cerca, y por esa circunstancia espacial muchas veces el escritor comarcano pierde la perspectiva nacional y continental, el escenario mayor, y se proyecta sin variantes hacia adentro; se invagina voluntaria y a veces suicidamente. Confunde la audiencia casi siempre indulgente de los convecinos con un dictamen de fondo, cuando no suele ser más que una tolerancia y aquiescencia de hecho, de forma.

Un desvaído o desatento juicio municipal no es el puente más seguro o confiable para el estímulo creador: suele ser una trampa mortal.

Queremos anticiparnos a espontáneos y fáciles objeciones a lo antedicho: los nombres de Ciro Alegría, de Azuela, de Scorza, de Gallegos, de Rulfo, de Roumain, de Nicolás Guillén, de Atahualpa, nos remiten a un lenguaje natal indudable, lenguaje que involucra no sólo determinado vocabulario (americano) sino determinada situación social, económica y políticas. Pero, en virtud de la resonancia de sus fuertes contenidos, la obra de esos autores pudo traspasar tiempos y fronteras, y hacerse internacional. Más adelante señalamos, por ejemplo, que las obras de ambiente rural entrerriano (Mocho, Leguizamón, Balboa Santamaría, Villagra, etcétera) no contienen la menor alusión a ninguna problemática social, como si realmente no hubieran existido. Esa ausencia es muy significativa, aunque negativa.

El escritor provincial suele girar en torno a su lunar de nacimiento. Pero no basta consignar una anécdota, un árbol, un paisaje natal para que quede delineada por eso una obra, en el mejor sentido del término. Conocemos a un poeta del río Uruguay que quedó mortalmente circunscripto a su reducido ámbito. Todavía está allí, muerto; su propia obra es la tumba de su disolución. Desde luego, su lenguaje nunca pudo superar la superficie del paisaje o de la historia antigua y presentes. El 'color local' puede convertirse a veces en un peligroso daltonismo literario, cuando no en una ceguera ante la vasta belleza del mundo. El amor a la provincia no es obstáculo para el amor a otra, o para juzgar que, para el 'trabajo del escritor' hay otros sitios más adecuados para la canalización de su obra. Que siempre existieron focos absorbentes e irradiantes de cultura es un irrecusable hecho histórico, Atenas, Pérgamo, Alejandría, Roma imperial o renacentista o pontificia, París, Flandes, Madrid, Londres, Basilea, Nueva York, Berlín, México, Buenos Aires, configuran la imagen del antiprovincialismo y la conformación de un vasto podio universal o continental. Curiosamente —o no— esos centros irradiantes contaron siempre con un adecuado complejo financiero y técnico para la edición y difusión de la obra escrita. Todo lo anterior está dicho, desde luego, en lo referente a textos de primera línea. Ninguna capital cultural hace bueno a un mal escritor. En la problemática creadora lo que importa es la inteligente selección y afinación de los medios expresivos, la correcta intelección entre lo perimido y lo original y sustancial. Esto es lo que llamaríamos **conciencia** del hecho creador, conocimiento o intuición de lo que es

literatura con mayúscula. En las ficciones, la clara invención e imaginación. En la crítica, el acto de sacar a luz para los demás lo que el escritor suele dejar (deliberadamente o no) en la sombra, en la incertidumbre o la coparticipación del lector. ¿Y en Poesía? Esto ya es terreno vedado. 'Los que saben callan; los que ignoran, disertan', diría Valéry. Hay muchos que saben hacer versos sin Poesía, es decir, Retórica o versificación. No revelan ni tienen intuiciones intransferibles, incomunicables, herméticas. La Poesía es incandescencia, pero sólo los altos poetas se queman. Los otros quedan apenas chamuscados.

\* \* \*

Una Historia de la Literatura sería irrisoria sin literatos, aunque como escribimos en otra parte, la Poesía existe sin que sea necesario escribirla. Nadie escribe primordialmente para ser historiado, pero las leyes del género son tan rigurosas y al mismo tiempo tan aleatorias como las leyes genéticas o las de la errática estelar. El que empieza a escribir hoy con 'conciencia de profesión' o de arte no lo sabe pero está dando materia y derecho para una futura historia literaria, o para quedarse al margen. Si el ejercicio de la literatura —con sus desalientos o sus triunfos— no colma o abarca la vida de una persona, es medio literato, dicha esta palabra en el mejor sentido. Pero si las letras llenan esa vida, aunque escriba poco(\*\*) es un mártir, un galeote o meramente un escritor. No intentamos ningún magisterio, no propiciamos ningún sacrificio, no esperamos una galaxia literario provincial. Eso sí, desalentamos las vocaciones por el facilismo, por las urgencias de las letras de imprenta, por el 'divertimento' dominical. La mala poesía y hasta la mala versificación tendrá siempre malos lectores y peores críticos.

Esta no es una historia para siembre. Escritores con mayor paciencia tiempo e información sabrán colmar las lagunas y reponer involuntarias omisiones. El lector sagaz o informado ha de advertir que, en algunos casos, sólo hay bibliografía y una pizca biográfica. No debe interpretarse con suspicacia ni a primera lectura. A veces, el propio autor ha borrado o disfrazado sus propias huellas; o simplemente, a nadie se le ocurrió consignar sistemáticamente los

datos de los autores visibles. Entre Ríos careció hasta ahora de una tradición o disciplina bio-bibliográfica, disciplina que se ha puesto en marcha desde hace poco con algunas publicaciones. (\*\*\*) Otros escritores han rehusado colaborar con el autor de la presente obra y de **Entre Ríos Cantada**, tal vez porque se auto juzgaron indignos de la preservación antológica. Conservo numerosas copias de cartas con esta nota roja al pie: **no hubo contestación**. ¿Autocrítica, soberbia, desidia, fallas del correo? Sería una hipótesis errónea la que nos atribuyera imperdonables o inadmisibles marginaciones. Al no existir una pública y notoria información biobibliográfica de muchos autores, nuestro deber era solicitarla y así lo hicimos. En caso de no haber recibido respuestas, buscamos los datos en los escasos sitios en que existían. Es obvio que excluir el pesado andamiaje biobibliográfico hubiera sido como entregar una escalera sin peldaños, o hacer una antología e historia de escritores fantasmáticos. No debe olvidarse que esta presente historia o minihistoria ha partido de cero. La aparición constante de nuevos autores en la provincia es casi aluvional. Varias antologías de prosa y poesía han seguido a la nuestra, que inició el camino. Al revés que otras historias, ésta incluye a escritores inéditos en libro, pero cuya labor se ha difundido por la prensa. Una parte de la misión está cumplida, la otra se espera en el azaroso asentimiento del lector y del crítico.

LAR

Buenos Aires, 1984

---

(\*) En un país tan extenso como el nuestro ese lenguaje natal o de matriz es más notoriamente diferenciado que en otras naciones mas pequeñas. Esta regla es también aplicable a los usos folklóricos, a los cancioneros y hasta a la paisajística pictórica.

(\*\*) Citemos los casos de Carlos Alberto Álvarez, de Delfina López Etchevehere, de Rolando Barbagelata, que han hecho una obra numéricamente breve, aunque valiosas.

(\*\*\*) Mencionamos, entre otras, las siguientes publicaciones que

cumplen

disciplinadamente con la información bibliográfica: las Muestras Departamentales de la Dirección Provincial de Cultura; las revistas 'Ser! y 'El Mirador! de la Escuela e Instituto del Profesorado y del Colegio Nacional de C. del Uruguay, respectivamente.

## NOTAS A LA INTRODUCCIÓN

(1) José S. Álvarez, Salero Criollo, edit. Tor, s/f, pág 161.

(2) "Sobre esa tierra habita un pueblo con idiosincrasia espiritual, tradición propia, modos de vivir políticos tan visiblemente caracterizados como la fisonomía de su suelo. El entrerriano es 'alguien' en la historia de la República, y ni podríamos prescindir de él, ni podríamos confundirlo con el habitante de otras provincias, ni siguiera las las contiguas o cercanas"(Ricardo Rojas, Las Provincias. Entre Ríos, en **Historia de la Literatura Argentina**).

(3) La antigüedad guerrera dio una literatura bélica (no pocas veces plena de situaciones fantásticas): **La Ilíada, Ramayana, Mahabaratha, La Eneida, El Beowulf, el Canto de la Expedición de Igor, la Anábasis, Los Siete Hijos de Uisnoach**, y muchas obras más. El cristianismo ofreció una literatura dogmática o apologética, y su hagiografía es inconfundible; el medioevalismo católico, **La Ciudad de Dios** y la **Divina Comedia**; el ingreso de la burguesía en el manejo del dinero y la cosa pública tuvo su historiador en Balzac; el naturalismo científico se reflejó en la obra de Zola (**Los Rougon-Maoguart**); los movimientos sociales del siglo XIX; la literatura marxista, anarquista o socialista de Marx, Engels, Bakunin, Kropotkin, Proudhon, etcétera. El cosmopolitismo y capitalismo de Estados Unidos, una literatura del dinero y del estatus; Sudamérica una novelística del subdesarrollo, subdividida en dos planos tajantes: la descripción de la psicología terrateniente o de la alta burguesía, y la exposición generalmente dramática de la vida del campo, los bosques, los ingenios, las minas, etcétera.

(4) Luis Alberto Ruiz, **Entre Ríos Cantada**, Prólogo, Edic. Antonio Zamora, Ed. Claridad, Buenos Aires, 1955.

(5) Jorge Luis Borges, en el relato 'El Indigno', de **El Informe de Brodie** (1970).

(6) 'La Visita', en **Los Gauchos Judíos**.

(7) Lázaro Blanco, chasque entre Feliciano y La Paz, a fines del siglo Pasado. Mucha gente le dedica exvotos y oraciones, y por suscripción se le construyó un verdadero mausoleo en el cementerio de Feliciano. Acerca de las "espuelas de la Virgen", ver el capítulo dedicado a Mateo Dumón Quesada.

(8) R. Rojas, obra citada.

# CONSIDERACIONES SOBRE LA LITERATURA PROVINCIAL

## I

Como pueblo joven, Entre Ríos carece de una arqueología literaria, de un arcaico yacimiento cultural. No tiene vejez, ni prehistoria alguna que desenterrar. No hay códices venerables, ni vetustas ruinas ni inscripciones herméticas ni antecesoras lenguas madres. Si de cierta manera quisiéramos exagerar esa juventud provinciana diríamos: que no hemos salido aún del comienzo, y que nuestros precedentes, el primer capítulo real de nuestras letras, nuestros clásicos: Alejo Peyret, Benigno Martínez, Olegario Víctor Andrade y su hija Agustina, Josefina Pelliza, Gervasio Méndez, Francisco Felipe Fernández, Martín Ruiz Moreno, Evaristo Carriego el Viejo, José S. Álvarez, son vecinos de nosotros, casi físicamente tangibles, de presencia casi respirable. Comenzaron todo: la Historia, la Poesía, la Narrativa, el Ensayo, el Periodismo, la Oratoria. Fueron contemporáneos de la historia grande, de la organización nacional y provincial. Muchos alcanzaron a convivir con los arquetipos heroicos o meramente gauchos de la entrerrianidad. El mismo Fray Mocho pudo dialogar más de una vez con el legendario matrero Calandria(1). Fernández, secretario de Urquiza y de López Jordán, fue el primer periodista castrense itinerante de Entre Ríos.

Esos autores del siglo XIX -el siglo de la República de Entre Ríos, del Pronunciamiento, de la revolución jordanista, de las colonias de inmigrantes- tuvieron que constituirse -forzosa y simultáneamente en la caja de resonancia de la cultura lugareña, en la forma comarcana de pensar y de vivir; que procedían manantialmente de un tipo de paisaje modelado, definido; de una naturaleza que iba a procrear una idiosincrasia sin comparación(2).

Casi debe sobreentenderse que la historia de la literatura de una



provincia ha de ser necesariamente regional; de otro modo, se perdería en la generalidad de la literatura cosmopolita. Dos constantes ya irreformables distinguen las letras de Entre Ríos: el paisaje y la historia. Como provincia de llanos ha tenido una literatura campesina, rural, pero con un claro sentido estético del paisaje; y como reducto de una política civil y hacedora de perfiles inconfundibles, como última frontera de lucha por el verdadero Federalismo, ha debido dar una literatura histórica cuya característica más acentuada y vehemente es la voluntad autonómica(3).

Pero, sin dejar de reconocer el poder avasallante de esas dos corrientes -la geológica y la histórica- la joven literatura de Entre Ríos abrió las compuertas de aislación y admitió el alud renovador de las últimas formas del lenguaje y de la temática actuales, que desplazaron las pautas programáticas y estilísticas del Romanticismo y del Modernismo, y aun de la vanguardia ultraísta. Un simple análisis de la nomenclatura de autores entrerrianos nos permite advertir que el registro es completo: novela, poesía, cuento, ensayo, historia, crítica, filosofía, ciencias naturales, etnografía, lexicografía, economía, sociología, pedagogía, estética y otras disciplinas constituyen sin duda un caudal nada desdeñable dentro del panorama de las letras argentinas. Creemos, sin pueriles orgullos lugareños, que la literatura entrerriana es una de las más ricas del país, y que posee indiscutibles atributos enteramente propios.

En una obra que dedicamos a Entre Ríos postulamos una 'escuela poética entrerriana' para señalar la real existencia de un estilo distinguible, de un modo personal entrerriano, identificable con la calidez emocional de sus mejores poetas, en el sentimiento de comunión con la tierra, con la virtual impregnación del alma entrerriana por su paisaje. Paisaje no en el sentido plásticamente material, estético, sino en su proyección metafísica, cósmica, panteística, ontológica; en su sagrado carácter de **mito geológico**. Esta mitificación del hombre rural y del paisaje provinciano es claramente perceptible en obras como *Calandria*, de Leguizamón, *Montielero*, de Balboa Santamaría, en *Los Gauchos Judíos*, de Gerchunoff, o en *Palo a Pique*, de Villagra, en *Las Alegrías del Sol*, de Daniel Elías, en el poema *Luz de Provincia* de Mastronardi, en el parcialmente inédito *El País de los Dorados*, de Eduardo Brizuela Aybar, en casi toda la poesía de Juan L. Ortiz, de Carlos Alberto

Alvarez, Marcelino M. Román, José María Díaz.

Hasta la poesía ciudadana rescató los antiguos o los cambiantes perfiles de las casas y las calles, de los extramuros o de los arrabales, como en los *Motivos de Paraná*, de Murga, en los recuerdos paranaenses de Luis Sadí Grosso, en las elegíacas visiones de San Miguel, elaboradas fastuosamente por Sola González, en las 'Urbanidades' de Amaro Villanueva, en las reconstrucciones novelescas de María Esther de Miguel, de Juan José Manauta, de Juan Pedro Cartosio. A esta mitificación o exaltación dramática o gozosa de la naturaleza y del hombre entrerriano, de la cual acabamos de citar algunos de sus fieles cultores, ha correspondido paralelamente la mitificación y hasta apoteosis del arquetipo heroico y de la criollidad, realizada, ya por la historia, ya por la recreación novelística, por la lírica y la épica, que tienen sus representantes en numerosos historiadores así como en la voz de sus escaldas criollos, Andrade, Saraví, Dumón Quesada, en los memorialistas y aun en el examen de una toponomástica curiosa y evocadora, en la que han descollado Francisco Maximiliano Ibáñez y Margarita Grimaux de Gil.

Vivimos en una época en que están desapareciendo los folklorismos fáciles, el minúsculo color local, la mentalidad aldeana o pueblerina. Lo que decía Ricardo Rojas en su *Historia de la Literatura Argentina*: "Un hombre de Gualeguaychú, por ejemplo, es primero de Gualeguaychú, luego de Entre Ríos, después de la

Argentina", ya no es una aserción plenamente vigente. Aunque se mantenga el espíritu localista (común a todos los municipios y pagos del mundo), un criterio, más nacional y universal, sobre todo con las formas artísticas, ha suplantado el aislacionismo comarcano. Los "tardíos vicarios del color local", como acusó Mastronardi a los cultores de una literatura extremadamente descriptiva y provinciana, están dando paso a expresiones de mayor dimensión geográfica, y aunque no se deja de exaltar de un modo u otro la querencia provincial, priva una *desprovinciación* en las letras como en otras manifestaciones artísticas. No queremos decir con esto que los contenidos-telúricos o históricos hayan perdido interés, ni que un tema aparentemente perimido resurja por la magia verbal de un creador de excepción. Tampoco se trata de que haya empaldecido el amor al sitio natal. Eso no se pierde. Ocurre que hay muchas otras

cosas que comunicar y revelar, y que provienen, no ya de predios abstractos como la nostalgia de los tiempos viejos, o de predios concretos, como los bosques, las aguadas, los pajonales, las cuchillas, las estancias, sino de las no menos reales solicitaciones de la vida moderna, que imponen al escritor actual una actitud comprometida con todos los cambios, y lo enfrentan más al porvenir que al pretérito. Aquella temática dio al escritor entrerriano cierta independencia, cierta fisonomía diferenciada. Pero no hay la menor razón para que el autor entrerriano no pueda transmitir también muy diversas psicologías o paisajes interiores que no tengan la menor relación con el espacio topológico o con la historia. Aquí no estamos proponiendo un programa futuro, esas expresiones, ese contenido nuevo, ya se ha realizado en estos momentos, y altamente lo demuestran obras como la de Manauta, Ema de Cartosio, Osvaldo Dragún, Miguel Ángel Federik, Susana Giqueaux y el más joven de todos ellos, Juan Manuel Alfaro. Incluso en la elección actual de temas nunca tratados en la provincia o tratados muy superficialmente, se advierte una intención o necesidad de explorar o transitar por campos extraprovinciales y hasta extranacionales, como los temas mitológicos o religiosos, caso Julio Eduardo Giqueaux, caso Juan Carlos Wirth. Toda una generación se ha desprendido del influjo de los viejos autores o los viejos temas, y la literatura escrita desde entonces nada tiene que ver o nada posee en común con los textos entrerrianos *tradicionales*. Los viejos localistas se han quedado de súbito sin discípulos; y quienes suelen elaborar gotosas protestas por el abandono de las 'costumbres gauchas', parece no tener en cuenta que el orbe gaucho ya no existe, aunque existan el campo y los trabajos del campo. Ya el Viejo Pancho lamentaba la progresiva pérdida de los usos heredados, *gauchos que no saben /de vincha y culero.../Patronos que en auto /van a los rodeos...*

Una realidad se ha hecho mera fantasmagoría. Los reñideros, las carreras cuadreras y de sortijas, las pulperías, los contrapuntos de los payadores de cintillo, las patriadas y las montoneras, las lanzas de tacuara, los trabajos manuales del peón de campo, y hasta el legendario monte de Montiel, son dolidas, grandes ausencias, que sólo habitan en las mentes de los viejos criollos memoriosos. No debe olvidarse que en los últimos cuarenta años la vida entrerriana se ha tornado más cosmopolita, y la nueva literatura espeja ese cambio. La problemática campesina es enteramente nueva, porque son nuevas

las formas del trabajo, las relaciones del trabajo, la comercialización, las técnicas y mecanización del agro. El campo no ha muerto, ha cambiado. Un hecho es revelador, anticipador ya cuando en el siglo pasado los colonos suizos de San José pedían a Urquiza que se los proveyera de elementos modernos de labranza, estaban indicando con claridad que los métodos criollos o gauchos del siglo XVIII eran anticuados, y que la técnica de producción no era una cuestión de tradicionalismo por lo contrario, era una urgencia de adaptación al progreso, al desarrollo del maquinismo rural. Muchos se quedaron en el puro pasado de historia o de folklore, y no han tenido ojos ni oídos para ver y oír desplegarse el nuevo mundo que crecía y rugía. Dejemos un poco tranquilos a los héroes en su bronce, y cantemos al hombre de carne y hueso, que a su vez tendrá su propio pedestal futuro. No proponemos un olvido, sino un cambio de temática.

Creemos que el primer ejemplo de *cosmopolitización* del escritor entrerriano lo tenemos en la figura de Alberto Gerchunoff. Proveniente de una colonia típica, esencialmente agraria, como Rajil, habitada sólo por inmigrantes judíos que se habían hecho gauchos vertiginosamente, ese mundo fue después para Gerchunoff apenas una melancólica evocación, aunque jamás olvidó la hondísima atracción que la tierra ejercía sobre los gauchos judíos, desde el momento que fueron 'gauchos' ya en los bíblicos campos abrahámicos, pese Borges, que se equivoca en grande al escribir que "gauchos judíos no hubo nunca"(5). Es ciertamente conmovedor y así mismo divertidamente insólito escuchar en sus páginas a esos judíos que llegan a un rancho a caballo y saludan a una familia judía con el clásico y católico "¡Ave María!"(6). Una mera ojeada a los títulos de las obras de Gerchunoff -que llegó a ser en su adolescencia un perfecto peón de campo- y un análisis de su contenido, sirven para denotar sus predilecciones extranacionales, universales, desasidas de la umbicalidad terrígena, tan raigal en otros autores coterráneos. Con Manuel Gálvez —nacido en Paraná- tenemos otro ejemplo destacado de ese desentendimiento con lo telúrico y lo tradicional. Es verdad que Gálvez, como Carriego el Joven, apenas vivió en Entre Ríos, y no pudo cargarse con las flotantes sustancias que hacen la vivencia provincial. Otros, *depaysés* como ellos, han llevado la provincia adentro, y la manifiestan constante y melancólicamente. Carlos Mastronardi vivió en Buenos Aires desde su juventud; la actividad periodística lo tiñó de ese mundanismo ajeno a esa

profesión. Y no obstante su versación humanística, sus conocimientos de la cultura literaria universal, su frecuentación de otras lenguas y su interés por temas en absoluto dispares o antípodos de lo regional, se mantuvo ligado de modo entrañable al *terruño*. ¿Qué mayor prueba pediremos que el poema 'Luz de Provincia', iniciado en su juventud, publicado por primera vez en 1937 y cíclicamente corregido desde entonces incesantemente? Volver a eso poema es retornar a la provincia, el mítico eterno retorno. La reiteración

### *la querida, la tierna, la querida provincia*

es suficiente evidencia para hacer válida la afirmación del entrerrianismo indeclinado de Mastronardi, que coronó su obra, por si no bastaran otras expresiones escritas suyas, como las *Memorias de un Provinciano*. Pero en este poeta coexistieron el provincianismo y lo cosmopolita. En *Valéry y la infinitud del método* Mastronardi aborda un arduo tema universal de alta crítica, y en *Formas de la realidad nacional* recapitula diferentes instancias de la vida y las letras argentinas. En una serie de ensayos se diversifica y se evade a otros ámbitos. Pero -al revés de desarraigados absolutos como Gálvez o Carriego o Joseph Kessel- siempre se lo encontró escribiendo de una u otra forma sobre Entre Ríos, prologando libros de autores entrerrianos, haciendo la crítica de obras entrerrianas y poniendo de cuando en cuando las plantas sobre el mismo suelo natal.

Quien conozca a fondo Entre Ríos advertirá, por ejemplo, en Amaro Villanueva que aun en sus trabajos minuciosos, de arduos temas o exégesis literaria o bibliográfica, parte de su vocabulario es netamente popular entrerriano; participa del modo de hablar (que lo hay) entrerriano, y que lo tuvo también el Mocho Alvarez, y que lo tuvo también Marcelino M. Román. De una manera evidentemente poco académica, Villanueva tituló un artículo suyo sobre José S. Alvarez nada menos que "*A los sopapos con Fray Mocho*". (Otros títulos suyos son asimismo ocurrentes, *Versos para la Oreja*, *Son Sonetos*, *Crítica y Pico*). Otra circunstancia podría explicar el *adobo* criollo de muchos de nuestros libros: sus autores fueron hombres de

campo, estancieros, como Leguizamón, Dumón Quesada, Eufemio Muñoz, los Berisso, Eduardo L. Villagra; y otros que, aunque no son propiamente estancieros, vivieron en el campo o sintieron y sienten profundamente la vida rural en mayor grado y gusto que la vida ciudadana, como Román, Alzogaray, Balboa Santamaría y muchos más. (O la vida ribereña e isleña, a la que han sido notablemente sensibles José María Díaz, Reinaldo Ros, Omar Scolamieri, Brizuela Aybar, Ortiz, Álvarez, etcétera). El tradicionalismo está o estuvo en la misma médula de nuestra literatura. Lugares, calles, plazas, pueblos, están recordando todos los días las horas épicas, las instancias del coraje montonero o montielero. A nuestro lado vive el descendiente de tal o cual lancero. En una iglesia se conservan las espuelas de un caudillo, o en la orilla de un camino se alza un altar erigido por la creencia popular en la santidad o providencia de un hombre muerto por un rayo en pleno mediodía de sol (7).

## II

Contemplada panorámicamente, la literatura entrerriana presenta contornos perfectamente definidos y diferenciables, con respecto a otras literaturas de provincia, así como el hombre entrerriano, al decir de Rojas, no es igual al vecino de Santa Fe(8). La riqueza literaria entrerriana que ya mencionamos antes, nos ha permitido incluso agrupar a nuestros prosistas y poetas por generaciones o ciclos de plena coherencia, con una impresionante suma de material escrito. De esas seis generaciones literarias con que cuenta Entre Ríos, a nuestro juicio la *Primera* se integra con Martín Ruiz Moreno, los dos Andrade, F. F. Fernández, Gervasio Méndez, Alejo Peyret, Carriego el Viejo, Clodomiro Cordero, Luis N. Palma, Victoriano E. Montes (uruguayo), Julián Monzón, Juan Coronado y otros. La *Segunda* es la que está a caballo entre los siglos XIX y XX, que se constituye con Floriano Zapata, Máximo Alvarez, Osvaldo Magnasco, Antonio Sagarna, Benigno T. Martínez, Juan B. Ambrosetti y los autores del 'deslinde', José S. Álvarez, Francisco A. Barroetaveña, Ramón Romero, Martiniano Leguizamón, etcétera. La *Tercera* está formada con hombres que escribieron en el presente siglo y que abarcan el lapso de nacimiento entre 1880 y 1910, como Gerchunoff, Evaristo

Carriego, Mastronardi, Manuel Gálvez, Guillermo Saraví, Juan Laurentino Ortiz, Amaro Villanueva, Gaspar Luis Benavento, los Irazusta, Víctor Juan Guillot, Eduardo J. Villagra, Mario César Gras, un Pedro Cartosio, los Gianello, José Belbey, Marcelino Román y otros.

La *Cuarta* Generación presenta nombres como José Eduardo Seri, Carlos Alberto Alvarez, Alfredo Martínez Howard, Alfonso Sola González, José María Díaz (que publicó tardíamente, como Susana Giqueaux), Guillermo Kaul, Carmen Segovia García, etcétera, continuada de cerca por una *Quinta* generación que, apenas menor en edad, se diferencia por muchos de sus caracteres literarios, de la precedente, y que se constituye con escritores como Juan José Manauta, Juan Carlos Ghiano, Eduardo Brizuela Aybar, Ema de Cartosio, Luis Sadí Grosso, Roberto Ángel Parodi, Ana Teresa Fabani, María Esther do Miguel, María Rosa Sobrón de Truco, Miguel Silvestrini, Carlos Sforza, Osvaldo Dragún y muchos más. Puede objetarse que existe una indecisión de límites entre la cuarta y quinta generaciones. Aceptamos esa objeción plenamente, sólo en cuanto a coincidencias o cercanías calendáricas, pero, reiteramos, lo que nos interesa para subrayar la personalidad generacional no es tanto fechas de nacimiento o de publicación, sino afinidades estilísticas o temáticas, y desde luego, las diferencias. La *Quinta* Generación, debemos acotar, reside en su mayoría en Buenos Aires.

Finalmente, la generación más joven, la *Sexta*, desvinculada casi en absoluto de lo telúrico y lo histórico, se expresa primordialmente por el cuento y el poema, y en modo subsidiario, por el ensayo. En esta última promoción literaria anotamos los nombres de Diego Angelino, Marta Zamarripa, Isidoro Blastein, Walter Heinze, Miguel Ángel Federik, Orlando F. Calgaro, Susy Quinteros, Jorge Osvaldo Sito y otros que son tratados en esta obra.

Naturalmente, como toda clasificación, ésta participa de una forzosa elasticidad en la cronología y caben excepciones, ya que muchos de los autores empezaron a escribir o publicar con gran retardo obras escritas con apreciable anterioridad a la fecha de edición. Hay muchos, además, que jamás han hecho editar sus libros. Aparte de la clasificación generacional, se podría intentar una agrupación temática, nada rígida por supuesto, privativa de cada bloque generacional. La primera de las generaciones en que hemos

dividido nuestro caudal literario mostró una marcada predilección - casi obsesión- por la Historia y el periodismo político. La Segunda, por lo tradicional y lo telúrico, en que se empieza a recoger un pasado todavía palpitante. La Tercera se caracteriza por su rompimiento con el Romanticismo demorado y con el Modernismo, y la adopción de las nuevas formas lingüísticas de vanguardia, como el ultraísmo, el surrealismo, el creacionismo, que en Buenos Aires tomaron, en conjunto, la denominación de 'martinfieristas' o grupo de Florida, y el Grupo de Boedo, de tendencia socializante. La generación Cuarta engloba a los nacidos desde 1910 aproximadamente, y ya se la ve desprendida por completo de la motivación lugareña, épica y folklórica, que se vuelca a lo puramente lírico, a la elegía, a una poesía pausada y sentimental, de tono nuevo. La Quinta, que viene inmediatamente después, está ligada a la generación anterior por muchos detalles, principalmente en poesía. Pero ésta se acendra, se hace mucho menos líricos y sentimental, casi elude el tema amoroso, y en algunos casos llega al expresionismo y a la denuncia social, como en Juan José Manauta, que margina la tierra mítica para exaltar o denostar la tierra de trasfondo dramático (*Los Aventados, Las Tierras Blancas*, los poemas de *Entre Dos Ríos*). El mito geológico, la leyenda del 'paisaje', dejan paso al mito social, como lo veremos en su lugar correspondiente. Ni en Leguizamón, ni en Villagra, ni en Balboa Santamaría ni en otros autores que escribieron sobre la vida campesina o de los arrabales y extramuros de las ciudades entrerrianas, aparece siquiera un atisbo de protesta social. Directamente, ignoraron el tema, en épocas en que no gestaba la gran novelística americana de denuncia. De cualquier modo, no se propusieron reivindicar, sino simplemente describir evitando los riesgosos límites de la literatura ideológica.

También en el plan de otras aperturas que no son las de la tierra y el hombre atado a ella, se encuentran escritores como Ema de Cartosio, Ana Teresa Fabani, Marta Zamarripa, Sola González, Sobrón de Trucco y muchos más que han preferido manifestar su propia subjetividad.

Por último, los escritores más jóvenes de la provincia, la generación Sexta, que constituye algo más que una promesa, están temporal y espacialmente alejados de la tradición, y pese a la anécdota que pudiera inscribirlos en una literatura de extracción



regional, superan términos y contenidos, abstractalizan el contorno del hombre y se hunden directamente en la complejizada psicología contemporánea. Muchos de ellos no eluden los planteos ideológicos, por otra parte ya universalizados, como Guillermo B. Harispe, ni desdeñan u olvidan el paisaje, como Sofía Acosta (entrerriana de adopción), que suele sacar de su rico interior las más sutiles metáforas del espíritu de la tierra y las aguas.

Lo que antecede y lo que sigue podría ser acaso una pretensión de síntesis de las letras entrerrianas. Alguien, más tarde completará estas páginas ahondando en el análisis, al que nosotros hemos sustituido aquí muchas veces por una línea biobibliográfica y un comentario en general. Aquella línea era necesaria, por otra parte. Pero el arte escapa a todo intento de estructuración rígida, desborda los *dossiers*, se desclasifica y diversifica en fondo y forma, y rehuye permanentemente la reducción a un fichero. Las páginas que siguen, importa reiterarlo, apenas procuran un primer ordenamiento cronológico de nuestros autores; no es realmente una 'Historia' de nuestra literatura provincial, sino una serie de noticias e informes sobre los hombres y las mujeres que la hicieron y que, al hacerla, recogieron las partes visibles y a veces secretas de esa entidad huidiza que es el espíritu estético y la actividad intelectual del hombre.